

CARLOS DÍAZ, *Memorias de un escritor transfronterizo*.

---

Ed. Fundación Emmanuel Mounier, Salamanca 2019, pp. 317  
ISBN 978-84-15809-60-9

He aquí unas memorias originales. Esto, no ya solo en el sentido que suele asignarse a este término, en cuanto todas ellas deben reflejar la originalidad inherente y propia de los seres humanos. De hecho, original es toda humana biografía, en la que se sustenta al cabo cualquier “memoria” de la misma, en tanto única e irrepetible como la misma persona. Pero estas *Memorias* resultan originales no solo a causa de lo anterior, sino por cuanto su concepción y su estilo de expresión lo son también, y en un grado intenso. Ello sorprenderá en parte al que esté familiarizado con el género autobiográfico, en su formato más habitual. En contraste con esto, las de Carlos Díaz revelan realmente a quien las ha escrito, en su ser y en su peculiar forma de pensar y de vivir, de “vivirse” y desvivirse a sí mismo, en lugar de velarlo, como tantas otras muestras del género acostumbran a realizar respecto a sus autores.

La obra nos hace presente a un filósofo y polígrafo que constituye, a juicio de quien esto escribe, el más fecundo pensador actual del personalismo comunitario. Esto lo hace con respecto a lo genuino de su ser y a lo creativo de su modo de manifestarse. Por eso, en el fondo, a pesar de lo que las preconcepciones en torno a su género pueden provocar, no deberíamos extremar nuestra extrañeza ante este libro, pues es un libro veraz y libre, a imagen de su protagonista. Sin embargo, por seguir las propias reflexiones de quien las ha vertido, también cabe afirmar que otro título hubiera podido convenirles mejor, en cuanto más ajustado a su contenido. Así, aunque se inicien precisamente con una meditación personal sobre el arribo a una madurez vital propensa a rememorar el pasado y a valorar su peso, antes que memoria y biografía, estas páginas son una bibliografía autobiográfica, ya que están tejidas de libros y más libros, y hasta tales libros no parecen sino conformar la propia vida de quien a ellos se ha entregado con pasión y radicalidad.

Quizá alguien habría esperado aquí una lista ordenada cronológicamente de recuerdos y vivencias, al modo usual, por parte de quien sin duda tiene en la mano testimoniar fehacientemente el curso de la filosofía española reciente y sus avatares, incluidos los sinuosos senderos

universitarios. Pero lo que bajo la rúbrica de “memorias” se encuentra aquí no es eso, sino, en primer lugar, un libro de libros, de los suyos y de los ajenos, como lo son todos los de Carlos Díaz, un frondoso bosque de libros. En esto, sigue la estela vital del autor sin permitirse reposo, pues cada una de sus obras muestra una erudición irredenta y pertinaz. Incluso, podría estimarse que más que de libros, de lo que trata este texto no es sino de un escritor y amante de los libros. Y un escritor tan vocacionalmente tal, tan empeñado en su afán incesante de escribir, que la vida se le ha tornado en escribir y, a su vez, la escritura en vivir. Díaz lo reconoce en una bella petición de perdón a sus hijos, motivada por su consagración casi plena a esta ingente tarea.

Acaso, también estas memorias, hechas por la pasión de los libros y entre libros, cristalizadas desde la escritura como vocación, podrían autodenominarse “confesiones de un escritor”, ya que en su decurso confiesa el autor repetidamente la hondura del amor al pensar y al escribir que lo ha conducido sin descanso. Esto llega hasta el ferviente homenaje al libro y a la escritura contenido en el capítulo III, no exento de la ironía inseparable de nuestro pensador cuando refiere “La feria del libro, donde no es genio todo lo que reluce”.

Ahora bien, no faltan en el texto trazos, más que “trancos”, que es como él rotula cada uno de sus capítulos, cual fogonazos o descargas de artillería, en los que las personas y los acontecimientos llaman con vigor a los oídos de nuestro corazón. Por ejemplo, cuando se rememoran encuentros y desencuentros, avatares y combates; muchos de ellos ligados inextricablemente a una infatigable tarea en pro del personalismo comunitario, en el mundo entero, así como en especial al desarrollo del fructífero Instituto Emmanuel Mounier. Entonces, vemos encenderse, entre las entrañas de la pasión libresca y bibliófila del filósofo, otra vibrante hoguera, en la que arden con extrema belleza su inveterado empeño por la justicia, su vocación de educador; su amor a los pobres (hoy por desgracia algo casi excéntrico) y hasta la calidez de su relación íntima y personal con Jesucristo, con quien conversa espontáneamente ante nuestra mirada como el que no puede confinar su dilección dentro de su pecho y para sí solo.

En realidad, este libro no está hecho de recuerdos al modo de lo retrospectivo, sino que es un espejo interior, un autorretrato de un hombre escritor. Constituye un boceto de sí mismo que se ha trazado no tanto ajustando cuentas aún pendientes, por fortuna para quien lo ha escrito y para sus variopintos compañeros de travesía, ya que no huele a rencor; al contrario que las consabidas autohagiografías de intelectuales. Esto

deriva, quizá, de que Díaz se muestra como un buscador, no ya de fríos conocimientos, sino de un cálido y profundo saber de lo humano, y hasta de la sanadora y terapéutica ternura, incluso aunque confiese a menudo su pecado de desmesura y lo estentóreo de algunas de sus acometidas. Aquí, se rescata de la memoria lo que todavía bulle y palpita –acaso apaciguado por la edad–, lo que sigue vivo y actual, cual poso o sedimento interior; en Carlos Díaz, como su anarquismo personalista y cristiano, que se ha develado un cristianismo sin adjetivos ni complejos. Por eso, este escritor no solo aparece al fin “transfronterizo”, por lo de atravesar fronteras, sino un lector-autor que atraviesa un mundo de libros con voracidad interdisciplinar y sobre todo interpersonal, pues se revela al cabo como un sujeto trenzado en su interior por los afectos y los encuentros con los otros.

Con lo anterior, llegamos a esa piedra de toque inevitable en toda autobiografía, por original que esta sea: ¿Qué hay de la autocrítica? Estas memorias, de quien tanto y con tan sobrada razón ha denunciado y todavía denuncia, a diestro y siniestro, ¿qué tal andan respecto a aquello de que la humildad y la sinceridad al juzgar han de comenzar por uno mismo? Pues bien, a ello esta obra replicará que, en sus páginas, hay tanto reconocimiento de fragilidades y hasta petición de perdones, como también capítulos sobre la genialidad, invocación de los trescientos libros labrados y del don de la palabra recibido que luego se ha compartido sin tregua. Justo es, pues todo ello forma parte de quien su vida ha escrito. En su favor, diremos, además, que el elogio hecho en el texto al trabajo, tan poco apreciado en esta blanda postmodernidad, lo ha convertido en carne propia el protagonista, como también la generosidad, la amistad y la gratuidad que ha predicado siempre. Mas, ya para concluir, confesaremos sobre ello que, a nuestro parecer, los más bellos momentos de este texto se hallan en ese volver su autor ciertas veces su propia y cáustica ironía, junto a su profetismo, contra su misma persona en algunas de sus quijotescas andanzas. Por ejemplo, cuando atribuye, pícaro, a mero desconocimiento de su verdadero e imperfecto ser el afecto que tantos amigos le profesan, o cuando entre sus dardos a diferentes instituciones aprovecha para censurar su propio carácter y debilidades. Cuando lo leemos, esto nos llena el alma de cercanía hacia nuestro admirado filósofo, cual, en la gozosa escena, próxima al final, con sus nietos, en la que, a nuestros ojos, se hace carne su fecundo apotegma: “Soy amado, luego existo”.

JAVIER BARRACA